

Terror negro en Madrid

DIEZ muertos, quince heridos graves y un secuestro constituyen el balance aterrador de una semana que para quienes usan del adjetivo fácil o irresponsable, si no deliberadamente escamoteador, ha merecido el calificativo de trágica, a sabiendas o no de que la expresión remite inexorablemente a la fatalidad, es decir, a lo inevitable. Y justamente, lo más espeluznante de lo ocurrido en estos y en anteriores episodios sangrientos de análoga naturaleza es que podía haberse evitado, pues no se trata aquí de una tragedia, sino de un artefacto de relojería perfectamente programado, cuyas piezas se ha ido montando con precisión e incluso sometiendo a ensayo, como en el caso de Montejurra (véase TRIUNFO, número 730), y cuyas ramificaciones más externas vienen siendo no ya visibles, sino descaradamente ostentosas desde hace mucho tiempo.

Es ya un tópico recordar —y es terrible que lo sea— que los asesinatos y desmanes perpetrados a lo largo y ancho del país por las bandas fascistas armadas continúan impunes, pese a las reiteradas denuncias de la prensa, de los partidos políticos, de las víctimas y de los testigos oculares. La reciente puesta en libertad bajo fianza de los encausados por asesinato en el sumario de Montejurra suscitó la advertencia de que esa medida no podría por menos de añadir un estímulo suplementario al de la impunidad con que hasta aquí han actuado las bandan fascistas mal llamadas "grupos incontrolados" y sus instigadores ocultos.

Han tenido que ocurrir los gravísimos sucesos de esta semana para que se comprenda, al parecer, que las cosas han llegado ya demasiado lejos. La selectividad de los golpes asestados en estos días, con el Ejército, las Fuerzas de Orden Público y las clases trabajadoras por víctimas designadas, es el más claro exponente de la finalidad provocativa de la agresión perpetrada al Estado y a la sociedad. La conspiración que ha revelado este proceso hace poco convincente la declaración del presidente del Gobierno de que "se trata de la acción de pequeños grupos totalmente marginados, pero profesionales del crimen". Declaración en abierta contradicción tanto con la magnitud de los hechos como con las mismas palabras que la preceden: "Somos conscientes de la importancia del desafío".

Lo que se pregunta el país es si

los que han urdido esta complot, de cuya etiología fascista no parece haber duda, están realmente tan marginados como dice el presidente. Marginados, ¿de dónde? ¿Sería erróneo pensar que las causas se hallan ovilladas en los engranajes del sistema?

Los groseros cálculos hechos por los autores de la conspiración sobre las consecuencias de sus actos criminales han naufragado ahora ante la negativa del Ejército, del Gobierno y de la oposición democrática a ceder a la provocación; es más, han conseguido lograr para el Gobierno el apoyo en bloque de la oposición. De todos los tiros que han disparado en esta semana, éste, el más importante para ellos, les ha salido por la culata. Pero los disparados por los ejecutantes han sembrado de muertos la capital y horrorizado al país. Durante una semana.

La noche triste

Apenas se había secado la sangre de Arturo Ruiz García, abatido en la mañana del domingo por un pistolero fascista, cuando al día siguiente derramaba también la suya María Luz Nájera, estudiante de veinte años, que falleció a consecuencia de la fractura de la bóveda craneal causada por un bote de humo, según la versión oficial, o por golpes asestados con un arma u otro objeto contundente, según otras versiones.

Pero a la tensión causada por

estas muertes y por la hospitalización de varios heridos graves se superponía la suscitada por el secuestro, en la mañana del lunes, del teniente general Villaescusa, presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar. La brutal provocación al Ejército que conllevaba tan infame acción desvió por otros derroteros las inquietudes y los rumores. Unas y otros convergían en el Ejército, más allá del Gobierno, como punto de atención.

El país estaba en vilo, sintiéndose al borde de una crisis de indeterminadas e incalculables consecuencias.

Madrid se acostó aquella noche —no la olvidaremos, la del 24 de enero— más pronto que de costumbre, dando por clausurada la jornada. Parecían ya demasiadas emociones para un solo día.

Pero faltaba aún lo inconcebible. Hacia las once de la noche, la noticia empezó a sangrar por los teléfonos, a estrellarse, al otro lado del hilo, con la incredulidad que erigía el espanto. Nueve personas indefensas, ametralladas. Primero fue un muerto, luego tres, luego... Luego, la confusión, la zarabanda de nombres erróneos y exactos que hizo llorar por vivos y por muertos, la angustia ciega por los no identificados.

A las puertas del despacho de Atocha, guardias, abogados, periodistas, políticos. Confusión, consternación, histeria. Relatos fragmentarios tejidos con los obtenidos de quienes han bajado, despa-

dos, del lugar de la matanza. Se citan nombres y nombres. Los abogados laborallistas, compañeros de los asesinados, arrasados en lágrimas, se hurtan como pueden al asalto brutal de los periodistas. Luego es la peregrinación en la noche por los hospitales. Las escenas terribles de la angustia de las familias, de la identificación de las víctimas por familiares y amigos.

La más brutal, la protagonizada por un médico del hospital Francisco Franco:

—¿Quién es la mujer del de la barba?

—Yo —dijo la mujer de Enrique Valdevira.

—Pues usted es la viuda.

Los rostros desfigurados de las víctimas son irreconocibles para sus más íntimos amigos. Manola Carmena no pudo reconocer ni a Javier Sauquillo ni a su mujer, María Dolores. A Serafín Holgado, que iba sin documentación, sólo pudo identificarle otra compañera por la factura del restaurante que llevaba en el bolsillo. Había comido con él en ese mismo día y Serafín habla pedido de poste una cuajada. La factura consignaba: Cuajada. "Sí, es Serafín".

Es tan falso como grotesco que algunos de ellos llevaran el carnet del PCE en los calcetines, como ha dicho algún periódico.

Antes de las cinco de la mañana, los compañeros de las víctimas conocían ya los detalles de la horrible matanza a través de los relatos hechos verbalmente y por escrito por Alejandro Ruiz Huerta y María Dolores González Ruiz, respectivamente, a los que se añadía el de Luis Menéndez Lúcar, que fue el primero en llegar cuando ya habían huido los asesinos.

Los ocho abogados de Comisiones Obreras y del movimiento ciudadano se hallaban a la espera de tres o cuatro compañeros más para iniciar una reunión que tenía por fin discutir la coordinación del trabajo en los sectores ciudadanos. Acababa de terminar una reunión de la comisión de los trabajadores en huelga del transporte privado. Angel Rodríguez Leal, administrativo del despacho, se había ido con ellos. En el bar de abajo, Angel se dio cuenta de que había olvidado una revista y subió por ella. Eso le costó la vida.

Los dos individuos entraron esgrimiendo dos armas —los supervivientes las han denominado desde el primer momento "pistolones"—, con las que encañonaron a Angel y luego a todos los demás. Uno de



Familiares y compañeros de los laboristas asesinados expresan su dolor ante el Palacio de Justicia.



Rodeados de coronas y pueblo, los coches fúnebres con los cadáveres de tres de los laboristas desfilan por la calle de Colón.

los pistoleros les conminó a agarrarse en un rincón "con las manos bien arribita" y les preguntó por Navarro. Los abogados se miraron entre sí y dijeron que no sabían quién era. Mientras tanto, el otro recorría los despachos cortando los cables del teléfono. Los abogados oyeron un disparo procedente de uno de esos despachos. Hay dos versiones diferentes sobre la muerte de Angel Rodríguez Leal: la de que murió con el grupo y la de que murió en otro despacho, víctima del tiro oído. Cuando regresó el otro individuo, ambos comenzaron a disparar sobre el grupo, y no pararon hasta que los vieron inmóviles o hasta que vaciaron sus cargadores. Los asesinos se fueron y dejaron la puerta cerrada. Tal vez no se preocuparon de comprobar si había quedado alguno con vida, pensando que tenían toda la noche para desangrarse.

Miguel Saravia intentó pedir auxilio por el balcón, mientras Alejandro Ruiz Huerta, el menos grave, intentaba inútilmente usar el teléfono, del que había quedado una línea útil. Fue Luis Menéndez Luarca, al que Alejandro pudo abrir, el que utilizó el teléfono para llamar a las ambulancias y pedir socorro.

Una compañera del bufete de Sauquillo nos diría que había tomado café con él antes de que se dirigiera a la reunión, y que las últimas palabras que le había oído, comentando los sucesos del día, habían sido las siguientes: "El peligro ahora es el fascismo". Javier Sauquillo cayó agarrado de la mano de su mujer, María Dolores, quien recuerda cómo le tapaba luego con sus manos la sangre que le brotaba de la cara. "No puede estar vivo", escribía María Dolores, imposibilitada para hablar, a quienes le ocultaban la muerte de su marido. Y pedía la prensa. Y se la negaban diciendo que la prensa estaba en huelga. Pero la prensa no estaba en huelga. La prensa era una inmensa escuela.

La triple provocación de la triple A

Cinco muertos, cinco comunistas. Quienes les han elegido como víctimas sabían que en ellos golpeaban los nervios más sensibles de las masas populares, a cuya defensa habían entregado sus vidas, en su doble condición de abogados y de comunistas. Eran abogados laboristas y del movimiento ciudadano. Pocos profesionales gozan de tanto prestigio y cariño como los abogados laboristas, que diariamente ven pasar por sus despachos centenares y centenares de trabajadores en dificultades.

El atentado contra ellos alcanzaba de lleno a Comisiones Obreras y al Partido Comunista. Por eso, en la acongojada e iracunda mañana del martes, ambas organizaciones concentraban la atención de todos.

El Comité Ejecutivo del PCE se reunió en esa mañana para analizar la situación y llegó a la conclusión de que la matanza de los abogados y el secuestro del teniente general Villaescusa tenían por objetivos lograr el enfrentamiento del Ejército y del pueblo y romper las negociaciones del Gobierno con la oposición.

"Aunque dirigido especialmente contra nosotros —nos decía telefónicamente en la mañana del martes uno de los miembros del Ejecutivo del PCE—, el golpe y la provocación alcanzan a todas las fuerzas políticas en su conjunto. Por ello, nuestro partido se ha abstenido de emitir un comunicado propio y va a firmar el elaborado por toda la oposición democrática. En cuanto a nuestra respuesta por la que me pregunta, le diré que será enérgica, pero mesurada, serena y responsable. No cedemos a la provocación".

Análogos planteamientos los de Comisiones Obreras, que convocaron inmediatamente a las otras organizaciones sindicales de la COS

para un comunicado conjunto que fue difundido en esa misma mañana.

Con gran sentido político, a pesar de la cólera que embargaba a todos, la clase obrera comprendió la provocación que se le tendía, y por ello siguió e incluso se anticipó en muchos casos a las directrices de la COS: asambleas, paros y abstención de toda manifestación callejera.

Pero la atención en la mañana del martes se dirigía también al Colegio de Abogados, en donde se hallaba reunida toda la corporación. El atentado de la triple A al despacho de Atocha había alcanzado también de lleno a toda la profesión. El texto de una tarjeta de pésame que, en el Colegio de Abogados, pudimos ver los periodistas: "Adolfo Rodríguez Jurado, abogado. Un compañero nuestro de derechos, que lleva de rodillas este espantoso crimen", constituye la mejor ilustración de cómo el bárbaro crimen fascista había unido a todos en la repulsa y en la consternación.

La mezquindad del Gobierno

Reunidos en asamblea permanente durante toda la jornada del martes, más de medio millar de abogados tuvieron que librar una dura, paciente y tenaz batalla por ver reconocido su derecho a cumplir con su deber, el de rendir un último homenaje a sus colegas asesinados con la instalación de una capilla ardiente en los locales del Colegio. Autorizada ésta inicialmente por el ministro de la Gobernación, fue posteriormente prohibida. Las razones alegadas para ello por el propio Martín Villa ante el decano del Colegio, Antonio Pedrol Rius, eran las de que "tenía informaciones fidedignas según las cuales se se instalaba la capilla ardiente podría producirse una tragedia aún mayor, que él no estaba seguro de

poder evitar". La comunicación por el decano a la asamblea de estas palabras del ministro provocó un gran escándalo al grito casi unánime de "¡Dimisión!". Ya el señor Martín Villa había sido sujeto de reiteradas consideraciones poco halagüeñas sobre su capacidad para el cargo.

Se habló mucho acerca de la capacidad de Martín Villa, en ese día, y no sólo en el Colegio de Abogados, sino también en muy altos círculos gubernamentales.

Tras innumerables gestiones con el ministro de Gobernación, el ministro de Justicia y el presidente del Gobierno se obtuvo que la capilla pudiera ser instalada al día siguiente por un tiempo limitado a tres horas.

La corporación pedía que se le reconocieran los mismos derechos que a las Fuerzas del Orden Público con ocasión de similares atentados. Al decir esto, Pedrol Rius estaba muy lejos de imaginar que en breves horas se producirían nuevos criminales atentados contra agentes del Orden Público. El decano estuvo muy enérgico al afirmar que si el Gobierno mantenía su prohibición verían en tal actitud un enfrentamiento a toda la corporación, que podría resultar de muy graves consecuencias.

Cuando llegó por fin la autorización del Gobierno en la noche del martes ya todos los salones del Colegio estaban invadidos por centenares de coronas de flores enviadas por fábricas, Colegios Profesionales, asociaciones de vecinos, organizaciones políticas, etc. A varios centenares se elevaría el número de coronas enviadas. La mezquindad del Gobierno, que se manifestó no sólo con la incomprensión de ninguno de sus miembros, ni siquiera el ministro de Justicia, en la capilla ardiente, que hubiera rubricado eficazmente los acuerdos y el comunicado conjunto Gobierno-oposición, sino también con el reducido horario autorizado

Historia de una semana

para la misma, impidió que la mayor parte de la inmensa muchedumbre congregada ante las inmediaciones del Palacio de Justicia pudiera desfilar ante los cadáveres de las víctimas del terrorismo fascista. Pero a pesar del miedo a las Fuerzas del Orden Público y de la creencia generalizada de que éstas no permitirían que se formara el cortejo fúnebre, fue tan grande el número de personas concentradas —las evaluaciones han oscilado entre ciento diez mil y doscientas mil— que la Policía no llegó a intervenir. El orden había sido asegurado con una eficacia que ha sorprendido a todo el mundo, por el PCE, cuyas organizaciones improvisaron en horas un servicio de unos cuatro mil militantes.

La lección de civismo dada por el pueblo de Madrid en ese día y la demostración de responsabilidad y serenidad ofrecida por el Partido Comunista y por toda la oposición democrática en su conjunto, hicieron creer que la tensión había disminuido considerablemente. Y porque así era, porque la provocación se había estrellado ante la impresionante demostración de voluntad democrática y pacífica del país, los asesinos salieron a cobrarse nuevas víctimas. Esta vez, la conspiración manejó su mano "izquierda", el GRAPO. ■ MIGUEL SALABERT.



El teniente general Gutiérrez Mellado exige el silencio de todos los uniformados durante el traslado de los policías y el

Los asesinatos de policías

CON gesto tenso, airado, el teniente general Gutiérrez Mellado gritó: "¡Silencio! Todo el que tenga uniforme, ¡firmes!, y el que sepa y quiera rezar, que reze". Era el sábado 29, alrededor de las dos y media de la tarde, en la explanada que se abre a la puerta del hospital Militar Gómez Ulla. Se estaba rezando un responso por las almas de los tres miembros de las Fuerzas de Orden Público asesinados veinticuatro horas antes en Madrid. Algunas personas, militares y civiles entre los que se contaba el presidente de Fuerza Nueva, Blas Piñar, entonaban el himno de Infantería, mientras los sacerdotes oraban. Un capitán de Navío contestó al vicepresidente del Gobierno: "Todo el que tenga uniforme, que honre la bandera". Nuevamente Gutiérrez Mellado, más airado que antes, exigió por dos veces silencio, a lo que el marino contestó: "Por encima de la obediencia está el honor". El teniente general trató de acercarse al subordinado, pero algunos lo retuvieron. La tensión que todo el país había acumulado en la semana alcanzaba su punto más visible en el enfrentamiento, la desobediencia, falta grave y hasta gravísima según el Código de Justicia Militar, entre estos dos militares: el hombre que desde la vicepresidencia para asuntos de la Defensa habla tratado de controlar las consecuencias de la violencia de la

última semana, con éxito hasta ese momento, y un capitán de Navío —cargo equivalente al de coronel en el Ejército de Tierra—.

Tras el rapto del teniente general Villaescusa todas las miradas del país se dirigieron al Ejército: ¿qué iba a hacer el Ejército? Y aparentemente no hizo nada que no estuviera previsto, aun cuando los rumores corrieran en esas horas por Madrid, algunos de ellos propagados, según más tarde pudo saberse, por personas interesadas en crear un clima de mayor confusión todavía. Cuando los policías armados y el guardia civil fueron asesinados en la mañana del viernes, nuevamente las miradas se volvieron hacia el Ejército. Esta vez con un matiz peculiar: ¿tendría el Ejército que intervenir para controlar la realización de las Fuerzas de Orden Público? Todo quedó resumido en el incidente que antes reseñábamos. Algo que, a pesar de su trascendencia formal, que podría explicar las tensiones existentes, no pasaba de ser un incidente. Afortunadamente. Con las noticias de las muertes casuales —se les dispararon sus armas— de dos guardias civiles, uno en Barcelona y otro en Pontevedra, y las heridas que tres inspectores de Policía recibieron en Bilbao al caer una metrallera al suelo, se cerraba aparentemente uno de los capítulos más preocupantes de la pequeña y trascen-

dental historia de la semana: los provocadores, los programadores de la violencia no habían logrado el resultado apetecido. Hay un equilibrio inestable, pero la situación no se ha desestabilizado.

Cuando los asistentes al entierro de los abogados asesinados en Atocha concluyeron que la manifestación de orden y civismo había supuesto un nuevo fracaso de los provocadores, no faltó quien señalara la posibilidad de que la estrategia de la violencia subiera un peldaño más. La muerte de Arturo Ruiz García el domingo 23 estaba destinada a amedrentar a la población. La muerte de María Luz Nájera por una bomba de humo disparada por la Policía había vivido este clima de inseguridad. El secuestro del teniente general Villaescusa constituía un atentado directo contra la estabilidad del Ejército, una provocación a que abandonara su actitud aparentemente neutral en los acontecimientos políticos. El asesinato de los cinco abogados de Atocha era una incitación a la reacción del movimiento obrero y de los partidos de izquierda, concretamente al Partido Comunista. Jalón tras jalón, la provocación estaba fracasando, puesto que las reacciones de todos los orígenes eran contrarias a lo previsto por ella. En la computadora que ha dirigido todo este atentado contra la paz y la marcha hacia la democracia se in-

trodujo una nueva ficha: había que provocar también a las Fuerzas de Orden Público, sobre cuyas actitudes habían corrido los más variados rumores en los últimos días.

Los atentados

A las 11,30 de la mañana del viernes 28, dos jóvenes vestidos con gabardinas y de aspecto normal —en las declaraciones de los testigos— entraban en la sucursal número 50 de la Caja Postal de Ahorros del 13 de la calle Piquer, en Campamento. Se acercaron a los dos policías armados de servicio, y tras dispararles en la sien, los remataron en el suelo. José María Martínez Morales y Fernando Sánchez Martínez murieron en el acto. Uno de ellos no tenía que haber estado allí, pero Felipe Adrados Hernández, el policía a quien correspondía el servicio, cambió a última hora el turno, ya que le pidieron que arreglara una avería en el cuartel. Los policías fueron "ametrallados" en la versión oficial, aun cuando algunos testigos aseguran que los asesinos llevaban pistolas. Se producía la misma contradicción que había ocurrido en el caso de la calle Atocha. Alejandro Ruiz Huerta, uno de los abogados supervivientes, señalaría que habían disparado con pistola, mientras que la Policía, mucho más experta en estos temas, como es lógico, aseguraba que había sido una ametralladora. ¿Podría estar la explicación en la "Marietta"?